

Juventud y Desarrollo Rural en América Latina y el Caribe

Clara Solís-Araya, Directora IICA-CIDER

El marcado proceso de cambio en la estructura territorial y demográfica de nuestra América en las últimas décadas, ha caracterizado una nueva sociedad escindida en diversos ámbitos. Por un lado un fraccionamiento de lo que hemos dado en llamar la sociedad campesina y la sociedad urbana. Los patrones de desarrollo, sus metas y visiones parecen contraponerse y hemos profundizado las brechas entre un mundo urbano cada vez más integrado globalmente y un mundo rural que se debate entre la marginalidad y la pobreza.

Sin lugar a dudas, este es uno de los mayores desafíos de nuestra sociedad latinoamericana actual en la búsqueda de un modelo de desarrollo más justo y equitativo para todos y todas, del cual se desprende una enorme preocupación por la forma como generemos procesos de transición que posibiliten un camino de cambio hacia una nueva estructura soportada en el logro de eficiencia, equidad, sostenibilidad y estabilidad. La construcción de un nuevo modelo implica la priorización de metas de cohesión social y de cohesión territorial que rompan con las graves segmentaciones que un modelo inequitativo y asimétrico ha traído a nuestros países.

En este marco de cambios es necesario identificar con claridad los factores y actores que mayor aporte pueden hacer emerger como energía transformadora, democrática y sustentable de largo plazo. Los diagnósticos y las elaboraciones técnicas de escenarios, así como el perfeccionamiento de las estrategias e instrumentos de acción pública son fundamentales, pero el compromiso y la acción política de actores sociales concretos son indispensables.

Es en este sentido que debemos reevaluar el papel que han venido jugando y el papel que potencialmente pueden desempeñar, grupos poblacionales que han estado excluidos históricamente de las decisiones y gestión de su propio desarrollo y construcción de sociedad. Oír la voz de los excluidos, entregar poder de decisión y control social a las fuerzas sociales que mayor fuerza transformadora poseen y apoyar su crecimiento como grupos con poder de liderazgo en la construcción de ese nuevo modelo de desarrollo, irrumpe como una estrategia priorizada por académicos, políticos, gobiernos y agencias internacionales.

Este es uno de los ejes básicos que ha soportado la revisión crítica de los conceptos de ruralidad en América, identificando la subvaloración de la sociedad rural en la construcción de una sociedad en verdadero desarrollo. Pero más allá de esta consideración amplia de sociedad rural, se identifican grupos que, a pesar de su evidente potencial y aporte, han sido excluidos. Las mujeres, los indígenas, los pequeños productores campesinos y los jóvenes han estado ausentes de las grandes decisiones que han conformado su modelo de vida. La Nueva Ruralidad, como propuesta de desarrollo, reivindica, más allá de la equidad y la justicia social, el significativo papel transformador que estos grupos tienen en la idea de crear sociedad, que antes que beneficiarios pasivos del desarrollo, se reconocen como verdaderos actores protagónicos.

En la búsqueda de caminos de transición, que transformen verdaderamente las rutas del desarrollo de nuestros países, se ha identificado tardíamente a la juventud como una nueva fuerza social, con un evidente potencial transformador de la sociedad. Si bien existe tradición de estrategias de atención a la juventud como población vulnerable, hoy se valora con mayor énfasis su poderoso aporte a la nueva sociedad rural y su inconmensurable capacidad de proponer nuevas visiones, fortalecer valores, romper los ciclos de reproducción de la pobreza, proporcionar estabilidad de largo plazo a los modelos locales de desarrollo rural, generar nuevas instituciones y proponer interpretaciones críticas y creativas a la realidad que les afecta.

América Latina es un continente joven, cerca del 60% de la población es menor de 30 años. El proceso de transición demográfica presenta patrones desiguales entre el mundo rural y el urbano. Si bien la región ha avanzado en la estabilización de sus niveles de natalidad, las zonas rurales mantienen aún tasas elevadas que dan como resultado estructuras poblacionales con una amplia participación de población menor de edad. Sin embargo las proyecciones permiten esperar que en la próxima década se marque una concentración de población en cohortes de edad entre los 15 y 24 años, lo cual representa un reto muy importante por las particulares demandas que esta población tendrá sobre los sistemas educativos, laborales y de salud.

Sin embargo, son muchos los obstáculos que deben afrontar muchachos y muchachas en su posibilidad de ser integrados y valorados a los espacios de construcción social. La evidencia en la región muestra como son los jóvenes rurales quienes registran más preocupantes indicadores de desocupación. Son extraordinariamente altos los índices de inactividad en poblaciones entre los 12 y los 24 años, por fuera del sistema educativo y de los mercados laborales. Sus posibilidades de contar con un quehacer productivo y enriquecedor son limitadas.

La vinculación laboral de los jóvenes está marcada por labores de baja remuneración y, en gran medida, en labores familiares no remuneradas, que hacen invisible su importante contribución en la creación de riqueza en la producción rural.

Esta falta de oportunidades se ve reflejada en una tendencia muy marcada a dejar su núcleo familiar en un fuerte proceso de emigración que ha traído como consecuencia el rompimiento de estructuras familiares y la acumulación de grupos poblacionales jóvenes con escasas y difíciles posibilidades de inserción en la vida urbana. Este patrón migratorio concentrado en población joven ha sido característico de nuestras naciones, resquebrajando las estructuras sociales y familiares de nuestros campos.

Otro de los serios problemas que enfrenta la juventud es la presión ejercida por las organizaciones que promueven acciones al margen de la ley, fomentadoras de la violencia, sea esta de orden político o delincuencia, que integra a una juventud sin mayores opciones, a procesos que trastocan las posibilidades de un proyecto de vida normal, enriquecedor y creador. Los graves conflictos que han afectado nuestra región se han alimentado de lo mejor de nuestra juventud rural.

Pero frente a estas situaciones es necesario reivindicar las enormes potencialidades de la juventud en la construcción de la sociedad rural, en el marco de las nuevas visiones integradas en la Nueva Ruralidad que se debate como opción de desarrollo en nuestra región. Debemos hacer un esfuerzo interpretativo y político por identificar las acciones que nos deben conducir a una estrategia que permita romper las tendencias actuales y generar una integración creativa de los potenciales de la juventud.

Abrir una amplia discusión sobre las condiciones actuales de la juventud, la identificación de sus potenciales aportes a la sociedad y las estrategias para lograrlo, es el fundamento de la invitación a este foro hemisférico. El Centro Internacional de Desarrollo Rural, CIDER, es consciente de la necesidad de concretar propuestas de acción que permitan apoyar a los gobiernos de la región en formulación de políticas inclusivas, explícitas y activas en favor de este segmento clave de nuestra sociedad rural.

Surgen temas vitales que debemos enfrentar y a los cuales invitamos a debatir y aportar a académicos, líderes políticos y sociales, gobiernos y organismos internacionales.

El primero sobre el enriquecimiento de los diagnósticos y la profundización de nuestro conocimiento sobre la realidad de la juventud en nuestra región. Los sistemas de información y los marcos analíticos empleados para identificar y analizar los problemas sociales de nuestra ruralidad, han dejado tradicionalmente al margen la población joven.

Debemos pensar en nuevos indicadores que permitan destacar la realidad de la participación y actividad de la juventud y el desarrollo de marcos interpretativos de su realidad.

En otra dimensión se hace necesario trabajar en la creación de espacios que refuercen o creen las condiciones para la organización y el reconocimiento institucional de los grupos de jóvenes. La organización y la autonomía de grupos juveniles, en áreas productivas, laborales, políticas, culturales, recreativas y sociales muestran un gran potencial de renovación del capital social de nuestras regiones rurales. Los desafíos de este desarrollo institucional requieren igualmente de visiones creativas e innovadoras que se alimenten de las propuestas que la misma juventud está haciendo.

Nuevas visiones sobre formación de recursos humanos acorde con la idea de que la juventud juegue un papel protagónico en el desarrollo rural, implica revisar crítica y profundamente los esquemas de educación formal y no formal que no han logrado objetivos claros de integración al medio rural, de valoración de la sociedad rural a la cual pertenecen los jóvenes y que han ayudado al desarraigo y crisis de identidad cultural. La formación, en el marco de una pedagogía creativa, debe imponerse sobre los esquemas de capacitación que han imperado en el sector.

Las posibilidades y oportunidades de nuevas opciones económicas productivas, que implican una reflexión juiciosa sobre las condiciones, características y proyecciones de los mercados laborales, son indispensables para la configuración de propuestas de organización empresarial juvenil, como un espacio promisorio de dinamización económica, así como para enfrentar las preocupaciones sobre derechos laborales e ingresos de trabajadores jóvenes.

Sistemas de seguridad social, salud, educación, protección legal, son otros de los variados temas que debemos trabajar, en procura de una estrategia regional de desarrollo de la juventud de nuestra América Rural.